

PRESENCIA DE MARIA EN ARAGON Y EN SU HISTORIA *

Por VIRGILIO VALENZUELA FOVED

GRANDE es Dios en el acto de la creación de todas las cosas, inmenso su poder cuando hace surgir de la nada, por un acto libérrimo de su voluntad, los seres vivientes; grandiosa su omnipotencia cuando infunde con el espíritu la vida en el hombre, su obra más perfecta; pero, para poder admirar el poder omnipotente de Dios, es necesario pararse a considerar el momento en que da el ser a la mujer que destina para Madre de su Hijo el Verbo Divino. Al pensar en las perfecciones de María, el hombre se tiene que sentir sobrecogido y declararse incapaz de poder llegar, valiéndose sólo de la palabra, a decir algo que pueda ser digno de tan excelsa Señora.

Me he decidido por desarrollar este tema porque si solamente el decir mujer es tanto como indicar risa de Dios hecha carne, si es tanto como decir calor de nido, si vale tanto como perfume y luz en el aire, si significa premio para el esfuerzo humano y sirve de espuela para alcanzar el premio; si todo esto significa la palabra mujer, si a su condición le añadimos la calidad de madre, entonces ya no hay palabras bastantes para indicar su dignidad, ni idioma suficientemente rico para poder cantar su grandeza; mas, si a estos títulos añadimos los de Madre de Dios y de

* Como modesta pero fervorosa contribución de ARGENSOLA a la irradiación universal y singularmente española del Año Mariano, nos complacemos en publicar esta conferencia, pronunciada en el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» de Huesca, el día 12 de diciembre de 1954, por don Virgilio Valenzuela, presidente del Instituto de Estudios Oscenses.—D.

Virgen, entonces ni los propios ángeles serían capaces de cantar su grandeza ni de expresar con justeza de expresión los méritos que en sí encierra María Inmaculada. Este es el motivo, digo, de que abandonando el empeño de considerar cualquiera de los títulos de María, me pare a estudiar exclusivamente lo que indica el título de mi modesta disertación. Y no creáis que es pequeña la tarea, pues pocos países de la tierra tienen tanto que agradecer a María como nuestro Aragón y a pocos corresponde como a esta bendita tierra el título de país mariano; a ninguno cede nuestro pueblo la primacía en su amor a la Virgen ni en tierra alguna es honrada con mayor veneración que aquí, y bien podemos decir que si muchos países se glorian del celestial patrocinio de María, a todos supera la gloria de Aragón y sobre todo la de Zaragoza que mereció ser visitada en vida de María personalmente por la excelsa Señora.

Raíz: el Pilar.

Vamos a enumerar las principales efigies marianas de Aragón, relatando concisamente la historia y las tradiciones de algunas apariciones, exponiendo el estado actual de la investigación, con mención de los estudios más modernos que conocemos. La conocida obra de P. Faci, *Aragón reino de Cristo y dote de María* (Zaragoza, 1739), aunque anticuada, puede prestar buenos servicios todavía, al igual que la de Rafael Leante García, *Culto de María en la Diócesis de Jaca*, es también útil. Recientemente Ambrosio Sanz ha publicado un folleto titulado *Santuarios y ermitas marianas de la diócesis de Barbastro*.

Sobradamente conocida es la tradición que nos relata el milagroso suceso de la visita de María a Zaragoza. Cuéntase que estando el apóstol Santiago, el Hijo del Trueno, en las orillas del Ebro con los ocho discípulos que, tras grandes esfuerzos, había logrado convertir, dedicados a piadosas pláticas y a fervorosa oración, que servían de consuelo a su contristado corazón que se lamentaba del poco fruto que sus desvelos lograban, oyó unas a modo de músicas que anunciaron a los desconsolados discípulos de Jesús que algo extraordinario acaecía, pues voces celestes entonaban «Ave Maria gratia plena...». Alzan atónitos la mirada al cielo y ven pasmados a la Madre de Dios, rodeada de una cohorte de ángeles, que les contempla sonriendo. Santiago siente reconfortado su ánimo y su fe se reanima,

sobre todo al oír de los labios de María palabras de aliento que le animan a proseguir sin desmayo la tarea que sobre sus hombros pesaba y sobre todo al escuchar las promesas que le dicen, que la cosecha que ha de recoger será abundante y que en una ciudad que lleva el nombre del primer emperador de Roma ha determinado reinar como dueña y señora y que la fe de Cristo no desaparecerá de la tierra que ella santificaba con su presencia.

María reposa mayestática sobre una columna. ¡Quién sabe si María eligió este instrumento para compensar la fe latente de los pobladores de una tierra entre los que, manteniéndose la tradición del Paraíso, le rendían veneración dedicando columnas a una Virgen que había de ser Madre! Por eso me pregunto muchas veces: ¿No elegiría María precisamente una columna dedicada *Virgini Pariturae* para su trono? No es momento ni se precisa aquí discutir y aprontar documentos que testifiquen la verdad de esta piadosa tradición, pues yo soy de los que creen que la voluntad de los futuros aragoneses hubiera sido causa bastante para que María hubiera venido en carne mortal a las orillas del Ebro. El apóstol, tan pronto como desapareció la celestial visión, determinó elevar en ese mismo lugar una capilla dedicada a María, que fué sin género de dudas el primer templo mariano del universo, y en él a partir de entonces se viene venerando a la Madre de Dios sin interrupción, ya que durante la dominación musulmana los mozárabes zaragozanos continuaron reverenciando a Santa María la Mayor, como entonces se titulaba, con el mismo afecto y devoción que sus mayores, sin que en los 400 años que duró la dominación agarena dejara de ser venerada María en el lugar que ella misma eligiera. Este es el primer templo mariano del mundo y bien podemos llamar a Aragón, como llamara el santo rey Esteban a Hungría, «Familia de María», pues no sólo se venera aquí antes que en parte alguna de la tierra, sino que con ningún país del orbe tuvo María la fineza de visitarle y coadyuvar a su conversión como con Aragón. Falta todavía un estudio moderno sobre la historia del Pilar de Zaragoza. No obstante las aportaciones de Gutiérrez Lasanta, los mejores trabajos siguen siendo los de Fidel Fita y Ricardo del Arco. Los primeros momentos de la historia aragonesa están cuajados de favores y asistencia de María a sus débiles monarcas y muchos santuarios de la Virgen deben su fundación a otros tantos favores de María.

María en la Reconquista.

Sobre la tradición de la de la Virgen de la Victoria no existe ningún estudio. Ultimamente el Ayuntamiento de Jaca abrió un concurso, sin que sepamos si ha llegado a publicarse algo. A continuación relatamos la tradición, sin salvar sus errores históricos.

Corre el año de gracia de 760; el conde Aznar, que dos años antes había conseguido expulsar a los musulmanes de la ciudad de Jaca, descendió de las escarpadas montañas y altos valles del Pirineo a los que nunca llegaron los agarenos y asienta su planta en la que andando el tiempo había de convertirse en la primera capital del futuro reino de Aragón y que a partir de entonces será la sede de los condes de Aragón, que en íntimo contacto con los reyes de Pamplona y con los señores de allende el Pirineo son los paladines de la reconquista aragonesa, y ponen sus fronteras en las estribaciones de la Sierra de Santo Domingo y Guara. Cuando los moros, dándose cuenta de lo que significaba para ellos y sus dominios del Somontano la pérdida de su bien amada ciudad, trataron de reconquistarla y de obligar a los cristianos a refugiarse de nuevo en los valles de Borau y de Hecho o en las asperezas de San Juan de la Peña como anteriormente les habían obligado a hacer. Pero las pequeñas fuentes de cristianismo que habían brotado de cada uno de estos focos de resistencia con las armas en las manos, se habían convertido en torrentes que en avasallador avance sería difícil de contener. Cuatro reyezuelos mandaban un fuerte ejército sarraceno que se proponía no sólo conquistar Jaca, sino someter todas las montañas de Aragón. Los musulmanes acamparon en las laderas que dominaban la llanura por la que corren los ríos Aragón y Gas antes de su confluencia, que hoy quizá por esta causa se conoce por el nombre de «Campo de las Tiendas». Conocedor el conde Aznar del peligro que se le venía encima, congrega en consejo de guerra a sus magnates y acordaron, después de ponerse bajo la protección de María, no esperarlos cobardemente protegidos por los muros de la ciudad, sino salirles al encuentro como valerosos paladines aunque estaban en número notoriamente inferior, pues es fama que estaban los musulmanes en la proporción de doscientos a uno.

Caía la tarde de uno de los primeros días del mes de mayo del año 760 y el crepúsculo apenas si permitía distinguirse a los aragoneses, cuando éstos salían por las puertas de la ciudad. El cielo que había

abierto sus cataratas iluminaba con el fulgor de los relámpagos el camino y hacía contrapunto con el fragor de sus truenos a esta arriesgada y valiente salida.

Los cristianos, que antes de salir habían reclamado el auxilio de María, y su jefe el conde Aznar toman como buen augurio la lluvia y la tormenta que impide a los moros darse cuenta de sus planes. Sorprendidos los musulmes por el inesperado ataque, ven caer a muchos de sus soldados y deshechas sus filas y formaciones sin que en los primeros momentos se vean capaces de rehacerse y de oponer resistencia a los cristianos.

Pasados los momentos de sorpresa, pronto los agarenos se rehicieron y, apretando de nuevo sus filas, iniciaron una dura lucha que se prolongó durante un día y una noche completa, apretando de tal forma a las huestes de Aznar que todos temieron por la suerte que pudiera correr el recién nacido condado, y a buen seguro que éste hubiera sido fatal si la soberana Señora no hubiera venido en ayuda de sus hijos sugiriendo a los pocos hombres que habían quedado dentro de los muros de la ciudad para iniciar su defensa en caso de que sus camaradas se retiraran vencidos del campo. Siempre se ha dicho que vale más morir con honor que vivir con vilipendio, y sintiéndolo así aquellos buenos aragoneses y las mujeres, esposas, hijas, hermanas o novias de quienes por defenderlas se estaban batiendo, determinaron salir como nuevos numantinos para morir al lado de los suyos antes que sufrir deshonor o esclavitud y ver profanados sus altares. Formaron, pues, al modo de los guerreros las mujeres, ataviadas con blancas camisas colocadas sobre sus vestidos y arreglándose su tocado a guisa de morriones de tal manera que, vistas sus filas desde lejos, semejaban por el brillo de sus vestiduras y por sus tocados que eran refuerzos que llegaban de los altos valles del Pirineo o de más allá de ellos, como en otras ocasiones había ocurrido. Como hicieran la salida siguiendo la cantera del río, los musulmanes cayeron en el engaño y se pusieron en vergonzosa fuga, que aprovecharon los guerreros del conde de Aragón para renovar sus esfuerzos contra sus adversarios que trataron de atravesar el río que, a causa de la lluvia caída el día anterior venía fuertemente acrecido en su caudal, y los pocos que consiguieron vadearlo tropezaron con un fuerte contingente de gigantescos montañeses de los valles de Ansó, que a pesar de su fiero espíritu de independencia acudían presurosos en socorro del señor que había recabado su ayuda. La matanza fué espantosa y entre los cadáveres hallados estaban los cuatro reyezuelos que acaudillaban

a los secuaces de Mahoma, por lo que el conde añadió a las armas de Jaca, que hasta entonces estaban formadas por una cruz encarnada de brazos dobles, las cuatro cabezas mirando todas hacia dentro.

Como recuerdo de la célebre batalla y premio a la ayuda prestada por los ansotanos, nos cuenta Briz Martínez que en el retablo primitivo de la Virgen de Puyeta, patrona del valle, que desapareció en el incendio que sufrió este santuario en el año 1809 con motivo de la invasión francesa, figuraba una cruz blanca de brazos dobles y las cuatro cabezas mirando al interior, que no pueden confundirse con las posteriores armas de Aragón, que se componían de la cruz de San Jorge y las cuatro cabezas de la batalla del Alcoraz, pero que miran dos al interior y dos hacia afuera. Los de Jaca, para agradecer el favor recibido de María, hicieron levantar una ermita dedicada a la Virgen que, por la lograda, se denominó de la Victoria. No es ésta sin embargo la primera de las iglesias dedicadas a María en nuestra tierra, ya que desde los comienzos de los tiempos del cristianismo se cuajó Aragón de ermitas e iglesias dedicadas a la Virgen, como lo demuestra el gran número de imágenes aparecidas o encontradas de modo milagroso a raíz de la reconquista, pues los cristianos, en su huída hacia las montañas, o bien se llevaron consigo las imágenes de su mayor devoción, o bien por lo precipitado de la huída o porque creían que su ausencia iba a ser breve, prefirieron esconderlas en lugares resguardados para evitar que fueran profanadas. Así vemos cómo, según la tradición, San Voto se llevó consigo una imagen de la patrona de Caesaraugusta, que fué venerada durante toda la Edad Media en el monasterio viejo de San Juan de la Peña, según nos cuenta su abad Briz Martínez.

Podemos observar cómo en las ásperas montañas del Pirineo florecen desde los primeros tiempos santuarios marianos por doquier, tales como el ya citado de Puyeta, en el valle de Ansó; las del Pueyo, en Siresa, en Acumuer, en Biniés y en Ulle; la de Canales, en Lárrede; la de Catareacha, en Urdués. Este título del Pueyo, del Puy o del Puyal, tan corrientes en esta tierra, deben tener el significado de altura o montículo y lo debieron de tomar del lugar en que están enclavadas las ermitas, algunas de remotísima antigüedad, como la de Siresa, que se cree fué la primitiva iglesia en la que celebraron los cultos antes de que fuera levantada la actual iglesia de San Pedro de Siresa, que fué erigida por el primer monarca de Aragón Ramiro I y de cuya vetustez dan testimonio hasta los antiquísimos gozos que en honor de la Virgen del Pueyo se entonan y que entre otras tienen estas estrofas:

Tiénese por maravilla
que los reyes de Aragón
aumentaron su blasón
en esta real capilla:
aquí tuvieron su silla
y su corona real;

y añaden:

Del furor mahometano
por Vos, Señora, vencieron,
y los reyes conocieron
se debía a vuestra mano,

con lo que la musa popular se hace eco de la continuada tradición de la protección de María a sus devotos hijos en lucha contra la morisma. Sobre una elevación está también la Virgen del Pueyo en Acumuer, cerca del antiguo monasterio de San Martín de Cercito, tan ligado al nombre del conde Aznar. Está igualmente unido a este conde el nombre de Biniés, donde es venerada otra antiquísima Virgen del Pueyo, a la que se acogieron los primeros aragoneses en su lucha contra los musulmanes, como lo hicieron a la Santísima Virgen de Escabués, venerada en Hecho, cerca de donde nació y se crió Alfonso I el Batallador, que en este altar y en el de la Virgen del Pueyo de Siresa debió de preparar su ánimo para sus futuras campañas en favor de la religión de Cristo y del culto de su excelsa Madre la Virgen María.

Por aquellas montañas eran veneradas desde los más remotos tiempos la Virgen de Pallariecha, en Barbenuta; la de la Pardina, en Orés y en Lorbés; de Pérula, en Lasaosa; de Ubieto, en Lasaosa; de Iguácel, en Larrosa; de la Gloria, en Ara; de Catarecha, en Urdués, y tantas más que harían interminable mi charla aunque me limitara exclusivamente a citar sus nombres. Pero si del corazón del antiguo Aragón, de las tierras en que probablemente nunca pusieron sus plantas los musulmanes, descendemos a los límites primitivos del antiguo reino, veremos sus fronteras jalonadas por santuarios dedicados a la Madre de Dios, como si los primitivos monarcas de Aragón hubieran querido proteger sus fronteras no sólo con fortalezas en las que sus guerreros pudieron resistir, sino con el baluarte que creían más seguro, con la protección de la Virgen, y así unido a la villa de Biel, va la Virgen de la Sierra, la del Puyal, a Luesia, y la de Laliena, a Murillo de Gállego.

María en Sobrarbe y Ribagorza.

Si nos trasladamos a Sobrarbe o a Ribagorza podemos constatar la misma fe en María por parte de sus habitantes e idéntico patrocinio por parte de Nuestra Señora hacia aquellos buenos cristianos que la veneraban bajo la advocación de Virgen de Badain, en el pueblo de Sin, que tiene una antigüedad que se pierde en los primeros siglos del cristianismo y que fué muy venerada por los condes de Ribagorza, como lo había sido por los de Sobrarbe quienes la favorecieron con sus donaciones, del mismo modo que a la Virgen del Bario que, según la tradición, era venerada en el pueblo de Bestué desde antes de la invasión agarena y que, según se refiere, salvaguardó a los habitantes de la conquista por los musulmanes, por lo que éstos agradecidos renovaron su devoción a la gran valedora. En Ribagorza era destacada por la devoción con que se la veneraba, la Virgen de Obarra, que se reverenciaba desde mucho antes de la invasión, por lo que el conde Bernardo de Ribagorza edificó el primitivo monasterio, según afirma Lanuza, el año 743.

La devoción mariana de los condes de Ribagorza elevó muchos santuarios a María y donó muchas imágenes de la Virgen, como la de Linares y la de Valdeflores de la villa de Benabarre. Numerosos son los casos a través de la reconquista en que se puede comprobar el celestial favor logrado por intercesión de la Virgen María, entre los que citaré el logrado en la batalla de Piedrapisada.

Epoca de Sancho Ramírez y de Alfonso el Batallador.

Corría el año 1084. Sancho Ramírez, el hijo del primer rey de Aragón, el de Castellar y el de Montearagón, reinaba en Aragón y en su continuo batallar contra los moros se encontraba un día en un santuario mariano rodeado de sus adalides, entre los que había dos infanzones, naturales de Ayerbe, llamados Jaime y Guillermo Dieste. A poco más de una legua del santuario que era el de Miramonte, cercano a Ardisa, dominaban los musulmanes; nuestro rey y sus ricoshombres, después de convenir el ataque, postrándose ante los pies de la Virgen que había sido hallada años antes por un pastor en una cueva cubierta por una



¿Virgen de los Jurados?
Ayuntamiento de Huesca.
Siglo XII.



Virgen venerada en Rañín.
Llamada «del Rosario».
Siglo XIII.



Virgen llamada «de los pastores».
¿Primitiva Virgen del Puyal?
Venerada en Luesia (Zaragoza).



Virgen de Cillas.
Siglo XIII.



Nuestra Señora de la Carrasca.
Venerada en Blancas (Teruel). Imagen



Tabla central del primitivo retablo de la
Virgen de la Carrasca.

campana donde debió de ser escondida por los cristianos en ocasión de la invasión sarracena, hicieron voto de fundar una cofradía de hidalgos bajo su título y advocación si salían victoriosos de la batalla.

Alentados por el valor que les inspiraban su fe y confianza en el poderoso valimiento de la Reina de los ejércitos y no queriendo perder la ocasión propicia que se les presentaba de lanzarse con ventaja a la pelea, en el día de la Navidad de Nuestro Señor del citado año entraron en lucha en el término de Piedratajada en el sitio conocido por Montolar. La batalla fué reñida, pero la victoria estuvo de parte de los cristianos que, siendo menos en número, dejaron en el campo, según afirman algunos historiadores y el hijo de Sancho Ramírez, Pedro I, que había tomado parte en la batalla, cuarenta mil. Años más tarde y cuando el hijo de Sancho Ramírez, Alfonso el Batallador, había ya sometido la capital de Aragón, la insigne Zaragoza, los musulmanes trataron de recuperar la ciudad perdida y, en ocasión de que el monarca no estaba en su capital, cayeron sobre ella y consiguieron penetrar dentro de la ciudad reuniéndose una vez en el interior para organizarse; mas en el momento en que iniciaban la marcha hacia el centro, vense deslumbrados por un gran resplandor y al volver sus rostros ven despavoridos que en el portillo por ellos abierto se hallaba María, la Madre de Dios, rodeada de una cohorte de ángeles; al resplandor, despertaron los centinelas cristianos y, empuñando sus armas después de sembrar la alarma entre sus camaradas, cayeron sobre los sarracenos haciendo en ellos una terrible carnicería. Deshecho el intento muslim, encontraron los aragoneses en el lugar en que se había manifestado el resplandor una pequeña imagen de la Virgen que quizá fuera escondida por los zaragozanos en la época de la invasión, por ser aquella parte de la ciudad zona no ocupada por los mozárabes.

Una nueva iglesia dedicada a la Virgen bajo la advocación del Portillo se alzó a partir de entonces en Zaragoza, la ciudad mariana por antonomasia del mundo.

María en Zaragoza y Teruel.

Aragón entero, en fin, está jalonado de santuarios y ermitas consagradas a la Madre de Dios. Podemos verla honrada bajo el título de Nuestra Señora del Salz, en Zuera; de Magallón, en Leciñena; de Sancho Abarca, en Tauste; de Valentuñana, en Sos; de Matamala y de Bonastre,

en Quinto; de la Oliva, en Ejea de los Caballeros; de Villaverde, de la Aurora, de la Alba, de Yéquera, la de la Misericordia y de Monlora, en la villa de Luna; de la Corona, en Erla; del Puy de Francia, en Mallén; de la Peña, en Alfajarin; del Aguila, en Paniza; de Valvanera y del Rosario, en Nombrevilla; del Portal, en Maella; de Loreto de Cabañas y de los Palacios, en la Almunia, y tantas más dentro de la provincia de Zaragoza que harían interminable mi relación, aparecidas la mayoría, veneradas muchas y algunas traídas incluso de luengas tierras por devotos aragoneses, como aquel maestre de la Orden de Malta don Juan Fernández de Heredia, quien habiendo apresado una nave turca y encontrado entre el botín logrado una imagen de la Virgen la llevó a su pueblo de Munébrega, donde es reverenciada con el nombre de Virgen del Mar, o la que bajo la misma advocación es venerada en Encinacorba y que, según refiere la tradición, se apareció a siete caballeros de la Orden de San Juan que a la pérdida de su isla de Rodas venían a España y fueron sorprendidos por tal tormenta, que habían perdido toda esperanza de salvación y en tan terrible trance habían acudido en demanda de auxilio a María que les mostró su patrocinio apareciéndose sobre las aguas y andando delante condujo la nave a puerto, dejándose coger, ya próximos a la costa, por los caballeros que se disputaban en su agradecimiento el honor de llevársela para mejor honrarla. Sometida a sorteo, fué agraciado con ella don Jorge de Sena, natural de nuestra ciudad de Huesca y comendador de Encinacorba que era pertenencia de la Orden de San Juan de Jerusalén a la que don Jorge pertenecía. Don Jorge, apasionado por Huesca, quiso hacer entrega a su ciudad natal del preciado tesoro, pero como los caballeros de su Orden y los vecinos de Encinacorba se negaran a dejarla de buen grado, don Jorge, como hicieron sus compañeros de navegación, sorteó por siete veces entre su ciudad y el pueblo de su encomienda y las siete veces salió premiado Encinacorba, que desde entonces posee esta magnífica imagen que es de ágata.

Tampoco Teruel cede en amor a María a las otras provincias aragonesas y no se precia menos que ellas de ser tierra mariana; buena prueba de ello son la gran cantidad de santuarios a María consagrados, entre los que solamente entresacaré por ser de importancia a Nuestra Señora del Tremedal, que es venerada en Orihuela del Tremedal, villa situada en la sierra de Albarracín y en los confines de Aragón y los señoríos de Albarracín y de Molina de Aragón.

Esta milagrosa imagen según refiere la tradición se apareció en lo

alto de la Sierra del Tremedal a un pastorcillo manco de la mano derecha, a quien la Celestial Señora pidió un trozo de la torta que llevaba en su zurrón y como fuera a tomarla con su única mano sana, instóle la soberana Señora a que lo hiciera con la derecha; como el pastor manifestárale la imposibilidad de hacerlo, de nuevo le indicó que probara y al introducirla con gran satisfacción y profundo júbilo vió que no sólo podía sacar la torta sino que vió su mano de nuevo sana.

Esta Virgen es por decirlo así la guardiana de la frontera del señorío que por la devoción mariana de sus señores los Ruiz de Azagra se llamó de Santa María de Albarracín y sus gobernantes se titulaban, como sus súbditos, señores de Albarracín y vasallos de Santa María.

Al igual que por occidente está la provincia de Teruel defendida por la Virgen de Tremedal, por oriente la salvaguarda la de la Estrella, que se venera en la famosa villa de Mosqueruela, situada en los límites de Valencia, que fué fin de las conquistas de Alfonso II y quedó como flecha que amenazaba al corazón de Valencia de donde partió el ataque final contra este reino musulmán en los tiempos de Jaime I su conquistador. También esta imagen se apareció a un pastor que tenía sus ganados en el paraje denominado Castillo del Majo, que poco tiempo antes había sido conquistado a los moros por los vecinos de Mosqueruela, y se manifestó por medio de un resplandor que parecía que hacía arder todos los bojes sin quemarlos; confuso el pastor tardó en reaccionar, pero rehecho avanzó y pudo ver una imagen de María que llevaba en su mano derecha una estrella. Muchas otras Vírgenes podríamos citar, pero sólo nombraré la del Espino o de la Vega, en Alcalá de la Selva; la del Campo, en Camarillas, ambas aparecidas; la de la Carrasca, en Bordón y en Blancas; la de los Navarros, en Fuentes Claras.

María en Huesca.

Ya hemos visto con cuántos santuarios marianos cuenta nuestra provincia de Huesca y podría citar muchísimos más, pero sólo destacaré las de El Pueyo, en Barbastro; la de Pineta, en Bielsa; la de Bruis, en Palo; la de la Bella, en Castejón, entre las aparecidas de las diócesis de Barbastro; y las de Casbas, en Ayerbe; la de la Jarea, en Sesa; la de la Peña, en Aniés; la de Dulcis, en Alquézar; la del Viñedo, en Castilsabás; las de la Corona, en Piracés y en Almudébar, y en nuestra ciudad poseemos entre otras muchas las de la Huerta, de Salas, y de Cillas, a cuya

divina protección tanto debe Huesca; aun a trueque de hacerme pesado y cansar vuestra benévola atención, no quiero resistirme a la tentación de hablar siquiera sea brevemente de ellas.

En un lugar risueño flanqueado de hermosas fuentes, algunas de las cuales tienen fama de milagrosas según es común en la comarca, en un sitio donde al parecer hubo una granja romana y más tarde un poblado que aparece en algunas crónicas con el nombre de Ciellas, y de cuya época data el santuario que debió ser la iglesia parroquial, se encuentra la Virgen de Cillas. Próxima a la ermita está la llamada «Fuentesanta», donde se bañan los fieles la víspera de San Juan para curar sus enfermedades.

Da esplendor al culto una cofradía muy numerosa que recientemente ha encargado a Antonio Durán y a Federico Balaguer un estudio acerca del santuario, que esperamos será publicado en breve en las páginas de esta revista. Si otros santuarios aragoneses protegieron a nuestra tierra contra los musulmanes, el de Cillas fué durante el Movimiento Nacional baluarte en el que se estrellaron los embates desatados de las hordas marxistas cien veces más terribles que los de los seguidores de Mahoma; podemos afirmar que, gracias a la divina protección de la Madre de Cristo, Huesca pudo respirar confiada en que los defensores de Cillas no habían de permitir el paso de los enemigos de su Dios y su religión.

Entre huertas regadas por el río Isuela se encuentra el famosísimo santuario de Santa María de Salas, uno de los más antiguos y de mayor veneración en Aragón. Como todos los santuarios marianos de España, el santuario de Salas tiene su leyenda. Aguado Bleye y Ricardo del Arco, este último en las páginas de «Archivo de Arte», han tratado de este santuario y esperamos la pronta publicación de un trabajo de Federico Balaguer que ha obtenido recientemente el premio de la Diputación de Huesca.

Según esta leyenda, desde la más remota antigüedad se veneraba en este sitio la Virgen de la Huerta. En el pueblo de Salas Altas se prendió fuego a la iglesia donde recibía culto la Virgen que salió milagrosamente por entre las llamas, viniendo desde las orillas del Vero a situarse al lado de la que recibía veneración en las márgenes del Isuela. La historia nos dice que desde luego debió de existir un santuario primitivo, pero bajo la advocación de Salas y no de la Huerta, ya que en el siglo XII la reina de Aragón doña Sancha, esposa de Alfonso II, reedificó la iglesia románica majestuosa que debió existir y de la que sólo nos

queda la soberbia portada. Desde este momento aparece el nombre de Salas en las crónicas y en muchos documentos reales, que nos demuestran la gran devoción que a esta milagrosa imagen se tenía en todo Aragón, y vemos donaciones de Pedro II, de Jaime el Conquistador, de la reina doña Leonor y sobre todo de Pedro IV, que llegó a declararla protectora y defensora de todos sus estados peninsulares y mediterráneos; aun cuando por pura necesidad hubo de incautarse del tesoro del santuario, le donó después un retablo de plata, del que debió formar parte la actual Virgen de la Huerta, posterior desde luego a la de Salas, a juzgar por la talla.

A Salas acudieron durante toda la Edad Media peregrinaciones de todo el reino para honrar a la Virgen; fué el santuario más famoso de Aragón en aquella época y desde luego uno de los más milagrosos. A corroborar este aserto vienen las diecisiete cantigas que el rey Sabio dedica a Santa María de Salas en cada una de las cuales narra con sencillez y galanura un prodigio de Santa María de Salas. En la 43 nos cuenta que una familia de Daroca vino en peregrinación a Salas para pedir sucesión, prometiendo que si tenían un hijo, cuando cumpliera un año, volverían trayendo un cirio del peso de niño; vivió siete años y no volvieron a cumplir su promesa, murió el niño y volviendo los padres en peregrinación la Virgen se lo resucita. En otra nos narra cómo la Virgen libra a un hombre de cinco diablos que lo tenían preso. La más notable es la que narra cómo el infante don Fernando, abad de Montearagón, apresa al prior de Salas, acusado de falsificador de moneda, a pesar de haberse refugiado en el interior del templo. Dice el sabio que María

Fou d'aquesto tan irada
que deu una voz tan grande
que cuantos estaban y
o oyron...
et perdeu sa fremosura
et tornau descoorada.

Puesto el prior en libertad por don Fernando, que acudió al santuario con un dogal al cuello, la Virgen acercó el niño a sí, que antes se había separado, pero ni El ni Ella recobraron el color:

Pero non ouve cobrada
sa coor com ant'avia
polo mal que recereu
et assi estade sempre;

et per esto s'entendeu
quanto ll'o feito pesara
ca nunca ll'esclareceu
sa coor, nen de seu fillo
ben des aquela vegada.

Como en Cillas, en Salas hubo de establecerse un baluarte para la defensa de Huesca durante el Alzamiento; allí, con el auxilio de María, el pecho de los oscenses fué el valladar que se opuso al paso de los enemigos de Cristo y de su Madre la Virgen María.

Con lo dicho se demuestra la influencia enorme que María ha ejercido y ejerce en todo el reino de Aragón y por contra podemos decir, con el cantar popular, que es en Aragón donde la Virgen tiene más altares, pues amén de los muchos santuarios, tantos como pueblos, no hay un aragonés que en su pecho no la lleve.

